

## LASO Y LA TRANSICIÓN DEMOCRÁTICA

**La intensa labor del intelectual y activista comunista fallecido esta semana en el tránsito desde el régimen franquista**

José Carlos Fernández Rozas

Director del Departamento de Derecho internacional de la Universidad Complutense de Madrid



### **Laso y la transición democrática**

El compromiso de José María Laso con la transformación de la sociedad le condujo a ser un ciudadano participativo de los problemas reales, afrontándolos con gran decisión y entusiasmo e interviniendo activamente en los frentes donde la libertad y el derecho estaban amenazados. Era una actividad que tenía más de respuesta moral a la indignidad de la dictadura que de militancia política en sentido estricto, pero que respondía a la máxima gramsciana de que la realidad humana está arraigada, orgánica y dialécticamente, en el mundo y en la cultura. De esta suerte, el libro, el artículo, la conferencia, la charla y hasta la reunión informal fueron vehículos de su verbo fácil e infatigable y de su saber riguroso.

Los españoles estaban convencidos de que el franquismo duraría tanto como la persona de Franco, pero también eran muy conscientes de que el futuro estaba lejos de ser esperanzador. Al igual que en otras capitales españolas desde la creación en Madrid del Club de Amigos de la Unesco se producían en Oviedo toda una serie de iniciativas culturales que no eran sino un trasfondo de una honda actividad política que se estaba desarrollando todo el territorio español. La primera en la que participó Laso fueron las aparentemente inofensivas reuniones del Club Cultural de Oviedo y más tarde en las llamadas «Cenas del Fontán». Como dejó escrito en sus «Memorias»: «Seguramente no

existe un ejemplo semejante en ninguna otra provincia española. Las "Cenas del Fontán" las realizamos, a partir de otoño de 1973, en el restaurante Aller de la calle Magdalena. Juan Benito y yo -fue una labor conjunta- nos dedicamos a dotar de asistentes a las citadas cenas y tuvimos en ello gran éxito, ya que conseguimos no sólo la asistencia de un nutrido grupo de profesionales, abogados, médicos, maestros, profesores, empleados bancarios etcétera, sino también lo más progresista y destacado de la Universidad de Oviedo, entre los que descollaban los profesores Gustavo Bueno, Julio González Campos, José Carlos Fernández Rozas, Elías Díaz, Vicente Montés, Manuel Hidalgo y otros. Las cenas se efectuaban a las diez de la noche de los viernes. Generalmente, teníamos antes un conferenciante destacado en el Club Cultural de Oviedo que luego nos acompañaba a la cena. Ése fue el caso de Manuel Vázquez Montalbán, como el de otros muchos conferenciantes ilustres que se podrían citar. Independientemente de tales visitantes para cada cena designábamos un ponente que iniciase un tema de actualidad. Podía ser de política nacional o internacional, así como temas culturales, científicos, literarios, artísticos, filosóficos, etcétera. La asistencia fue siempre muy nutrida y los debates muy vivos. Más tarde, a medida que se fueron desarrollando los acontecimientos nacionales, las "Cenas de El Fontán" se convirtieron en una base de reclutamiento para los que iban a constituir los apoyos cívicos de la Junta Democrática de España».

La discusión política no impedía la degustación durante la cena de unos rotundos platos que sólo digerían estómagos tan privilegiados como el del propio José María Laso: unas contundentes chuletas con patatas y pimientos eran el complemento de la especialidad del Aller: la "merluza a la importancia", una peculiaridad a la cazuela que supervisaba en la cocina el propio Juan Benito Argüelles y que se caracterizaba por incluir una generosa porción de angulas. El propio Vázquez Montalbán se deshacía en elogios a tal maravilla gastronómica, aunque la euforia se eclipsó al ser obligado a pagar el prorrateo de los asistentes. Acaso por esta razón el secreto gastronómico tan celosamente guardado no figura en su famoso libro de recetas.

Por descontado el asesinato de Carrero Blanco, en el inicio de las vacaciones de Navidad de 1973, produjo una conmoción generalizada no sólo en el aparato franquista, sino en los diversos círculos de la oposición. Cuando vinieron los años jubilares de transición todo el mundo blasonaba de su papel protagonista en la misma, al menos tan relevante como el desempeñado por el Rey Juan Carlos, Adolfo Suárez o Torcuato Fernández Miranda. Quien más y quien menos se proclama ahora como el verdadero artífice del paso de una dictadura a una democracia sin traumatismos ni venganzas. Se olvida muchas veces el comportamiento heroico y fundamental de unos pocos como el demostrado por José María Laso (y, por qué no decirlo, que en Langley, a orillas del Potomac, se había diseñado un dispositivo al que se sumaron muchos oportunistas del cambio). Fueron, en efecto, muy pocos los que tuvieron un papel mínimamente comprometido. La pujanza de estas nuevas manifestaciones de la cultura lograron eclipsar instituciones «oficialistas» de gran tradición como el Ateneo de Oviedo que por entonces presidía Fernández Canteli.

La larga agonía y posterior muerte del dictador produjo una eclosión de acontecimientos en todos los órdenes que hizo vivir muy intensamente a los españoles que tuvieron la oportunidad de presenciárselos. Por un momento pareció que era factible la puesta en marcha de la filosofía de la praxis basada en el pensamiento de Gramsci a partir de la estrecha unión entre el pensamiento y la acción: una reforma revolucionaria de la sociedad en la que pudieran tener cabida la organización socialista y la libertad cultural. Una percepción que por efímera no dejó de repercutir en la ideología que se estaba gestando. Fueron muchos los signos del cambio que se avecinaba, al margen del indulto general que, entre otras cosas, permitió salir de la cárcel a los condenados del denominado

«Proceso 1.001» entre los que figuraban Marcelino Camacho, Nicolás Sartorius y Juan Muñiz Zapico.

El cine Palladium de Pumarín, cuyo espectador más fiel era el propio Laso (que tenía muy cercana la delegación de Chocolates Zahor, donde trabajaba como vendedor activo), proyectó la película «Galileo» de Liliana Cavani. El evento contó con una asistencia inusual en un filme de este tipo concitando grandes abucheos cuando anunciaban al Papa Urbano VIII la audiencia de una representación de la «católica España». Poco después el pase, con 36 años de retraso, de «El gran dictador» constituyó todo un acontecimiento en Oviedo. Cuando el protagonista encarnado por Charles Chaplin pronunció el discurso final los asistentes irrumpieron en un largo y cerrado aplauso:

«... no desesperéis. La desgracia que ha caído sobre nosotros no es más que el resultado de un apetito feroz, de la amargura de unos hombres que temen el camino del progreso humano. El odio de los hombres pasará y los dictadores perecerán, y el poder que han usurpado al pueblo volverá al pueblo».

Frente al clima paradisíaco con que hoy se suele describir el difícil proceso de transición a la democracia en España resulta obligado no olvidar ciertos hitos ilustrativos de que las cosas no eran ni mucho menos fáciles. Manifestaciones como la del paseo de los Álamos en febrero de 1976 fueron reprimidas con saña por la Policía y culminaron tras la caída del Gobierno Arias / Fraga, en la Semana Pro Amnistía (7 a 12 de julio), que contó con multitud de actos y masiva afluencia poco después del nombramiento de Adolfo Suárez. La democracia echaba a andar, con el concurso de una buena cantera de políticos procedentes desde el propio Partido hasta la Asociación Católica de Propagandistas, asediada por las pistolas de quienes, a derecha y a izquierda, habían recibido la amnistía como una muestra de la debilidad del Gobierno. Como una brutal respuesta al secuestro de Oriol y del teniente general Villaescusa unos pistoleros de extrema derecha irrumpieron en el despacho de abogados laboristas de la calle Atocha, 55, asesinando a los abogados Francisco Javier Sauquillo, Enrique Valdevira y Luis Javier Benavides y al conserje Ángel Rodríguez Leal y causando varios heridos graves. Fracasado en su intento de que fuese el Poder Judicial el que decidiera la cuestión Suárez adoptó la medida más audaz de su trayectoria gubernamental: la legalización del Partido Comunista de España.

La primera campaña electoral permitió conocer a personajes señeros de la reciente historia política de Asturias como Horacio Fernández Inguanzo, Vicente Álvarez Areces, Gerardo Iglesias o Francisco Javier Suárez, mientras que Laso, por voluntad propia, quedaba apartado del protagonismo mediático para dedicarse a la compleja tarea de consolidar del Partido en una sociedad democrática. En esta actividad su domicilio ovetense de Nicolás Soria, 7, fue testigo de importantes acontecimientos. Las urnas no respaldaron tan importante esfuerzo, pero, a cambio, la democracia triunfó en España. Este indiscutido éxito llevó a nuestro país a unas cotas de desarrollo sin precedentes y a ocupar un lugar adecuado en el concierto de las naciones. Laso no fue profeta en el Bilbao, turbio regazo de su niñez, pero tuvo la gran satisfacción de comprobar, en vida y en plenitud de facultades, el reconocimiento de su dilatada obra en Oviedo. Un tributo merecido del que los ovetenses nos sentimos profundamente orgullosos.

*(La Nueva España, 26 diciembre 2009)*